Cuentiembre. La forja de un estilo

Albert Gamundi Sr

Capítulo 1

#Cuentiembre

#AlbertGamundisr

XXX relato

La forja de un estilo

Llovía a raudales en las afueras de la herrería. El cielo se desplomaba sobre la choza y el olor a paja húmeda impregnaba el ambiente. El joven herrero terminaba su enésima creación, la cual no era más que una imitación de otra hacha ligera. Llevaba toda su vida imitando el patrón de todo, pues era lo que se le exigía por el oficio, la fama y el reconocimiento vendría marcado por la edad y los años dedicados al trabajo de los metales. Cuando los truenos empezaron a inundar el cielo y los rayos cayeron sobre la tierra, el joven Olaf decidió que sería mejor pasar la noche en su propia herrería.

Sentado sobre un taburete de madera observaba como el fuego crepitaba y le calentaba el cuerpo. Sobre la mesa de trabajo había amontonadas en un rincón una colección de hachas listas para ser arrojadas. Era un guerrero tan bueno en el combate cuerpo a cuerpo que solo era convocado para las grandes expediciones militares, en los últimos inviernos su actividad se vio reducida al comercio de armas. Espadas, hachas, herramientas para labrar la fría tierra y de vez en cuando productos para reforzar las estructuras de los barcos dragón. - ¿De que sirve ser el mejor en algo si no puedes demostrar-lo?-. Pensaba en ocasiones. Sentía envidia de los niños que subían en los barcos para ir a hacer sus primeras armas a la mar. Él creía mejor que aquellas criaturas deberían guardar solo el ganado o ser el lazarillo del gran oráculo. Cuando un gran trueno hizo retumbar la choza desistió en su empeño de permanecer dentro de la forja. - Iré a ver al oráculo, tal vez él me pueda decir el futuro que me espera-. Olaf se vistió las pieles de lobo por encima de la cota de malla, tomó un puñal con motivos ornamentales a modo de ofrenda para el sabio y salió por la puerta. Parecía que el mismo Odín, convertido en un cuervo negro observaba la dura pelea del dios del trueno contra el cielo. - El hijo está enfadado con el padre...-. Pensó Olaf bajo el gran peso del agua que le caía encima. Caminaba cabizbajo y con paso firme, no se pausó en absoluto hasta que llegó al bosque sagrado, en una cabaña en el centro de éste se encontraba el oráculo.

Entonces un gran rayo cayó encima de la copa de un árbol, prendiendo a este en llamas y provocando un pequeño incendio que se alimentó en la oscuridad. - ¿Acaso es voluntad de los dioses que las Walkirias me recojan ya para ir al gran salón del más allá a beber higromiel?-. Un agrio sonido

de huesos rotos y algo que masticaba corría entre los árboles. Olaf tragó saliva y comenzó a notar como la sangre le corría por las venas de forma acelerada, su paladar deseaba sangre. - Soy un guerrero de élite desaprovechado, sea lo que sea le pienso mandar al inframundo-. Pensó mientras se llevaba una mano al puñal ceremonial. En ese momento pudo escuchar como una voz humana soltaba un grito de agonía, entonces un rayo cegó a Olaf que cayó de culo al suelo, vislumbrando una silueta, frente a él yacía el cuerpo decapitado del oráculo. Cuando abrió los ojos la gigantesca silueta ya no se encontraba en el lugar. Presentar batalla o reportar lo sucedido al pueblo, el nórdico herrero se encontraba en una situación complicada. Desvió la mirada del cuerpo y se obligó a volver a ver, efectivamente era el maestro del futuro. Cargó con él a espaldas hasta el poblado con la tormenta encima. El frío de Skadi es persistente, no me extrañaría que se tratase de un gigante de hielo. Olaf deambuló entre las granjas y las chozas en busca del curandero, su relativo aislamiento hasta ser requerido le había llevado a la situación de desconocimiento de las moradas. Entonces una ventana se abrió llamándole.

- Entra a casa chico, vas a coger una hipotermia-. Le advirtió el mismo chaman. Olaf rodeó la granja de cerdos y se presentó con el oráculo sobre el hombro. - Vengo acompañado Erik-. Se excusó el joven herrero mostrando su carga. Desmontó de sus hombros al oráculo y lo dejó cerca del fuego, después se quitó la ropa empapada de agua, quedándose desnudo en su totalidad.

- Tienes lo que se espera de un guerrero, hijo-. Lo sé, pero fabricando hachas mientras no se hagan grandes campañas de rapiña no consigo nada-. Se quejó el joven estrujando su barba para sacar todo el agua que se había acumulado en ella.

- ¿Que hacíais ahí fuera bajo esa tormenta?-. Preguntó el anfitrión. - Lo mismo que ahora los pescadores, trabajar, o mejor dicho ir a ver al oráculo tras terminar el trabajo, pero aquí lo tenéis, con la cabeza arrancada por un gigante de hielo-. Los ojos vidriosos del chaman se clavaron en Olaf.

- Concuerdo en que te hierve la sangre por no probar campaña, también en que el trabajo para nosotros es todo, pero esa mordedura es la de un trol de las nieves-. Observó el hombre con un simple vistazo. - ¿Como sabes que se trata de tal criatura?-. Preguntó el herrero. - Estoy bien curtido en estos asuntos chico, pero nadie podrá detenerlo con el estilo de lucha que tenéis ahora-. Sentenció el extravagante Erik mientras molía algunas hierbas en un cuenco. Después puso agua a hervir dentro de un caldero, seguramente preparaba algún tipo de brebaje o medicamento. Los dos hombres guardaron silencio durante un tiempo, uno intentaba recuperar el calor corporal, el otro trabaja con energía en la elaboración

del brebaje.

- Quiero ir a matar a esa bestia, la paz no va con alguien de mi estilo de vida, Olaf el que mastica metal no puede quedarse en un simple herrero-. Murmuró como si las paredes tuvieron oídos y ojos. - ¿No acabas de oír que con vuestro estilo de lucha no le harás nada?-. Replicó con cierto desdén el hombre. El agua empezó a hervir dentro del caldero. - Entonces tendré que forjar un estilo de lucha adecuado... con las armas adecuadas-. El chaman se desternilló de risa, tanta que le llegó a doler el estómago. - ¿Acaso no me creéis capaz?-. Se incomodó el chico. El chaman se mostró distanciado, tomó un pequeño cuenco y lo llenó con agua hirviendo después vertió en él la picada. - Bebe esto, reforzará tu cuerpo frente al frío-. Le ofreció el anfitrión a su invitado. - Antes de beber, dime como puedo vencer a esa bestia-. Se agravió con tales palabras la situación. - Debes usar el estilo de pelea de los moradores del bosque, aquellos que tienen las orejas puntiagudas, pero nadie les ha visto nunca y lo único que se sabe es que pelean con arco y con espadas curvadas-. Explicó el anciano con calma. - ¿Y para hacer salir a un trol de su guardia?-. Les gusta comer carneros y "jugar" con los hombres. Olaf suspiró, cerró los ojos y dejó el cuenco en el suelo, se llevó las manos a la cabeza y tiró de su cara hacia el mentón con los dedos. - Si alguien viene en mi busca, he salido a comerciar...-. Se despidió antes de levantarse y dirigirse a la puerta. - ¿A donde vais? Pero eso nadie se lo creerá...-. Arguyó el anciano. - Sed creativo, suficiente habéis hecho por mi-. El hombre salió en cueros por la puerta. El anciano miró a la entrada durante un momento. Entonces regresó el herrero a por sus ropas. - Si, tengo un plan...-. Dijo con una voz muy convencida.

Olaf corrió bajo la lluvia a gran velocidad, la tormenta había amainado ligeramente, pero la noche empezaba a presentarse negra. Llegó a la herrería en la hora más oscura, el techo se había agrietado, generando un charco de agua en el centro de la estancia. - Maldigo a los dioses, no recuerdo donde las guardé...-. Se lamentó el joven mientras rebuscaba entre los metales que pretendía reciclar para trabajar. - Aquí están...-. El vikingo sacó dos espadas pensadas en un principio para una función ornamental, pero finalmente se vio forzado a hacerlas con hierro para ir a la guerra. Observó como el filo se mostraba ligeramente oxidado, mientras que el resto de la hoja aún conservaba el color ennegrecido de la forja y los restos de carbón que yacían en el aire. Puso ambas armas sobre la mesa y sacó una piedra de amolar. - El tiempo corre en mi contra y los dioses no se apiadan de mí-. El chico se quejaba mientras afilaba ambas armas. Entonces se posó un cuervo graznando en la ventana. - Odín... ¿Que quieres de mi?-. Preguntó al animal. Éste giró la cabeza y picó varias veces con el pico en la piedra de la ventana, volvió a graznar y desapareció en la oscuridad.

- Es hora de cubrirme de ir a la batalla y honrar a los dioses, espero que Tyr guie mis armas hacia la victoria...-. Pensó el chico. Sacó una piel de

lobo para resguardarse del frío y se la vistió por encima, después corrió hacia el bosque donde tuvo el encuentro con el trol .

La lluvia se había convertido en una ligera cortina de humo y el suelo en un barro que ralentizaba sus pasos. Despegaba los pies del suelo como podía, cubriendo tanta distancia como las piernas le permitían. Entonces llegó al lugar del incidente, desenvainó las espadas y empezó a correr en dirección a la cabaña del oráculo. - Donde se ha metido esa maldita bestia-. Gruñía mientras se dejaba llevar por la ira de batalla. Entonces el silbido de una flecha le cruzó el muslo derecho, otra más impactó en su hombro izquierdo, finalmente lo tumbó al suelo una última en el centro de la espalda.

- Parece que hemos encontrado al testigo de nuestra existencia, no contará nada, librarle de su vida para que pueda ir al Valhalla-. Arguyó un álfar, también conocido como elfo. Una bella mujer joven de rubios cabellos y brillantes, cual luz desprendían en la oscuridad provocó la llegada de las Walkirias. - El Fimbul se acerca, tres inviernos seguidos matarán a tu especie, considera esto un favor...-. Respondió otro elfo, al parecer el que batió al trol, pues llevaba una oreja suya en un bolsillo.

Cuando los elfos se disponían a llevarse el cadáver, apareció su padre, Frey el dios sol. - Montad una pira y prended le fuego, conceded-le una muerte de héroe-. Ordenó la divinidad bajo la forma del chaman. - Os tomáis demasiadas molestias con él, padre-. Replicó la dama que acompañaba al grupo. Frey se llevó una mano a la cara en señal de indignación, a tal gesto sus hijos obedecieron. Después una pequeña pira ardió con los primeros rayos del sol, siendo visible una columna de humo desde el poblado, los elfos se esfumaron al oír como las pisadas de algunos exploradores llegaban al lugar, entonces solo encontraron al viejo chaman lamentando la pérdida de un herrero capaz de modelar espadas al estilo de los elfos, algo que solo se reservaba a los hijos de Frey.

4/12/2015

Trigésimo relato